

LECCIÓN INAUGURAL DEL CURSO 2009-2010 DEL CENTRO ASOCIADO DE LA
UNED EN CUENCA, JUEVES 5 DE NOVIEMBRE DE 2009.

EL CONQUENSE ALFONSO DE VALDÉS, AUTOR DEL
LAZARILLO DE TORMES

Rosa Navarro Durán

Miguel Mihura crea para comenzar la acción de su deliciosa comedia *Tres sombreros de copa* una escena absurda, pero que describe muy bien un comportamiento que solemos tener las personas. Don Rosario, el dueño del hotel de segundo orden, “ese viejecito tan bueno de las largas barbas blancas”, le está enseñando a Dionisio la habitación que le ha dado, la mejor y la más sana porque el balcón da al mar, y le enseña las lucecitas de las farolas del puerto. Dionisio no las ve, cosa que enfada a don Rosario, hasta que al fin, abriendo el balcón, logra divisarlas: son tres lucecitas, dos blancas y una roja. Pero don Rosario le dice que no puede ser, que las tres son blancas; que lleva quince años enseñándoselas a todos los huéspedes, y nadie le ha dicho nunca que hubiera una roja. Y a la pregunta de Dionisio sobre si él no las ve, don Rosario le contesta:

No. Yo no las veo. Yo, a causa de mi vista débil, no las he visto nunca. Esto me lo dejó dicho mi papá. Al morir mi papá me dijo: “Oye, niño, ven. Desde el balcón de la alcoba roja se ven tres lucecitas blancas del puerto lejano. Enséñaselas a los huéspedes y se pondrán todos muy contentos...” Y yo siempre se las enseño...

Entonces Dionisio le asegura que hay una roja, y don Rosario, milagrosamente, acepta rectificar y dice: “Entonces, desde mañana, les diré a

mis huéspedes que se ven tres lucecitas: dos blancas y una roja...Y se pondrán más contentos todavía.”

Dirán ustedes, pero ¿no iba a hablar de Alfonso de Valdés y del *Lazarillo*? Pues sí, pero antes les he querido describir esta escena, porque la estoy reviviendo día a día en mi investigación sobre la espléndida obra que escribió ese extraordinario escritor paisano suyo, ese gran humanista que se carteaba con Erasmo, ese político que fue no sólo secretario de cartas latinas del Emperador sino la persona de confianza del inteligente canciller Gattinara. Yo digo que en el texto del *Lazarillo* hay dos luces blancas y una roja, y todos siguen diciendo: “Mi papá me dijo que las tres eran blancas”. O lo que es lo mismo: El *Lazarillo* es anónimo, fue escrito hacia 1550 y es una autobiografía de un pícaro, que pasa hambre y vive amargado, y donde se hace una crítica de la realidad social del momento. En cambio, yo digo: El *Lazarillo* lo escribió el mejor prosista de la primera mitad de siglo, el conquense Alfonso de Valdés, un hombre muy culto y un excelente escritor. Todas las fechas que hay en la obra y los datos sobre la vida cotidiana que se pinta en ella nos llevan a las tres primeras décadas del siglo XVI, y, por tanto, tuvo que escribirse hacia 1530 o 1531. Hay además en el texto claras huellas de la lectura de dos obras impresas en 1529: el *Relox de príncipes* de fray Antonio de Guevara, impreso en Valladolid, y el *Retrato de la Lozana Andaluza*, impreso en Venecia y que no circuló por España, cosa que supone que el autor del *Lazarillo* estaba en España a principios del año y luego se fue a Italia, como así sucedió, porque Alfonso de Valdés se embarcó en Barcelona con el Emperador y la corte a fines de julio con destino a Italia.

Y Lázaro no es un pícaro porque no aparece nunca en el texto esta palabra, y él ni es un ladrón ni un tahúr ni un delincuente ni presume de la excelencia de la supuesta vida picaresca que dicen que lleva. Y además no sabe escribir porque nunca ha ido a la escuela; él habla, declara sobre lo que le

preguntan, es decir, sobre el caso y no sobre su vida, aunque él aprovecha la ocasión para contarla.

Y en ese momento, oigo que repiten: “Mi papá me dijo que las tres lucecitas eran blancas. Por tanto, el *Lazarillo* es anónimo, fue anónimo y seguirá siendo anónimo”. Un libro no pudo salir de debajo de una piedra, ¡y menos uno tan espléndido!, de forma que alguien tuvo que escribirlo, y forzosamente fue un escritor excepcional.

Al final de su relato Lázaro dice que lo que acaba de contar pasó cuando el Emperador entró en Toledo, y esto fue el jueves 27 de abril de 1525. Por tanto, tuvo que escribirse en un tiempo no muy lejano de este (es imposible que se hiciera 25 años más tarde). Y eso indica además que su autor es un fiel cortesano de Carlos V porque ha escogido una fecha muy importante simbólicamente: “nuestro victorioso Emperador”, como le llama, tenía prisionero al rey de Francia en Madrid y pisaba por primera vez la ciudad comunera; pero ese 27 de abril de 1525 no es la fecha de ninguna batalla, un hecho destacado históricamente. Todo esto son destellos de la lucecita roja que yo estoy viendo en el texto. Y resuena de nuevo la cantilena: “... las tres son blancas”.

Pero tal vez algún día alguien empezará a decir que también ve dos lucecitas blancas y una roja, o lo que es lo mismo, que hay que leer de otra manera el *Lazarillo* porque es evidente que debe de contar algo muy distinto a lo que figura en las historias de la literatura, pues fue un libro incluido en el primer índice de libros prohibidos por la Inquisición de 1559. Años después de prohibirse, en 1573, salió una edición expurgada de la obra, en la que se le habían quitado dos capítulos enteros, el del fraile de la Merced y el del buldero. Y nunca dejó de estar prohibida por la Iglesia en su versión entera mientras se dictaron tales índices.

Si contara sólo la historia de un pícaro que pasa hambre y va de amo en amo, no tendría todo esto ningún sentido, ni tampoco sería verosímil lo que sucedió en 1992: un albañil, al romper una pared en una casa de Bancarrota, un pueblo de Badajoz, se encontró con once libros emparedados, envueltos en paja, y uno de ellos era una edición desconocida del *Lazarillo*, impresa en 1554 en Medina del Campo. Según dice el historiador Fernando Serrano Mangas, el dueño de la casa, un médico judío de Llerena, lo debió de emparedar a fines de 1556 o principios de 1557, en vez de quemarlo, tal vez con la esperanza de que pudiera llegar a manos de sus descendientes; él huyó a Portugal en 1557. La suerte hizo que nos llegara a nosotros ese inmenso tesoro; lo es de la Junta de Extremadura y lo es de todos. No es posible que ese libro tan peligroso sólo encierre la autobiografía de un pícaro que pasa hambre porque, si hubiera sido así, no hubiera dormido siglos protegido de las malas artes de los hombres por una pared. Nunca se prohibió el *Guzmán de Alfarache*, y ese libro sí fue conocido como *El Pícaro* desde el principio, porque su mismo autor, Mateo Alemán llama así al personaje: “nuestro pícaro”.

Voy a empezar por el comienzo y de forma ordenada porque de lo contrario ustedes tendrían que convertir la nueva lucecita roja en dogma de fe, y precisamente estoy luchando contra todo tipo de creencias en el análisis de un texto. En esta tarea, como en cualquier investigación científica, existe lo que se demuestra.

1. LA CONSTRUCCIÓN DEL TEXTO

Lázaro de Tormes cuenta su vida porque una persona desconocida, a quien le da el tratamiento de “vuestra merced”, ha escrito pidiendo que se le escriba y relate el caso muy extensamente, y como él no quiere tomarlo por el

medio, sino desde el principio, va a empezar a contar su vida y a decirle “Pues sepa vuestra merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes”. No hace falta más que aplicar la lógica para ver que esas dos personas no se conocen; si “Vuestra Merced” supiera quién es Lázaro, él no empezaría a contar su vida diciéndole cómo se llama. E inmediatamente nos hacemos una pregunta, ¿cómo puede estar interesada esa persona en la vida de Lázaro si no le conoce? La respuesta es obvia: no está interesada en él, sino que quiere averiguar algo relacionado con otra persona, a la que sí conoce.

No nos queda más que buscar la persona a la que conoce “Vuestra Merced” para ver qué es lo que realmente le interesaba saber, es decir, a qué se refiere ese “caso” sobre el que ha solicitado que se le informe. En todo el relato de Lázaro, sigue presente este misterioso destinatario para quien habla, pero no dice nada de él hasta el final. Su presencia es más marcada al comienzo, porque la evoca dirigiéndose a esa persona ocho veces al presentarse y hablarle de su primer amo, el ciego; y volverá a intensificar esa mención dirigiéndose a ella otras cuatro veces en el tratado último. Es lógico que evoque más la presencia de ese destinatario al principio porque así el lector la recuerda; si no, se olvidaría de que el relato de Lázaro va destinado sólo a esa persona, del que no nos da dato alguno hasta llegar al tratado último. Sí vemos que no vive en Toledo, porque Lázaro es pregonero en la ciudad y, por tanto, le conocería; este dato se confirma al acabar el relato, pues al hablar de las fiestas que se celebraron en la ciudad con la entrada del Emperador y la convocatoria de Cortes, dice “como vuestra merced habrá oído” y no dice “habrá visto”.

Será cuando Lázaro hable del arcipreste de San Salvador, cuyos vinos pregona, que se refiera a él como “mi señor, y servidor y amigo de Vuestra Merced”; es decir, el arcipreste es el único de los amos de Lázaro al que ese destinatario conoce. Ya sabemos, por tanto, a quién se refiere el caso del que

habla al comienzo: al arcipreste. Y, en efecto, así es; porque, como ya dijo en 1970 Francisco Rico, ese caso es el rumor que corre de que la mujer de Lázaro es la manceba del clérigo; no hay duda alguna de ello, ya que, al acabar la conversación que tiene el pregonero con él sobre ese asunto, dice: “Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso”.

Lo que sucede es que siempre hemos visto el caso desde este enfoque y hay que mirarlo desde el otro lado: Vuestra Merced no tiene interés alguno en lo que hagan ni la mujer del pregonero ni él mismo porque no los conoce, pero sí le preocupa y mucho la conducta del arcipreste de San Salvador. Nos falta aún una pieza básica para entender el texto: ¿por qué puede interesarle a esa persona saber si el arcipreste es o no un clérigo amancebado?

Para contestar esta pregunta, me di cuenta de otro detalle esencial que estaba en el texto, pero que había pasado desapercibido porque la frase en la que está había sido leída de otra forma. Para mostrárselo, voy a evocar la citada conversación de Lázaro con el arcipreste; con ella acaba su relato, y no con un hecho esencial en su vida, ya que, como he dicho, su objetivo no era contarla sino llegar al caso; sólo que de pasada ha narrado su vida porque de algún modo justifica su comportamiento, o, al menos su creador muestra como la conducta del arcipreste es sólo el último abuso que aquél sufre de frailes y clérigos (y con ello nos da un dato esencial sobre su pensamiento).

El arcipreste le dice a Lázaro que “quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará”, y justifica este consejo que le da comentándole que no le extrañaría que hablaran mal de su mujer al ver que entra y sale de su casa. Y acaba aconsejándole que no tenga en cuenta lo que puedan decir, sino sólo lo que le atañe, es decir, “su provecho”. Y ya sabemos, porque es un refrán, que honra y provecho no caben en un techo (o en un saco, como se dice en *La Celestina*).

Lázaro le contesta:

–Señor, yo determiné de arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo de eso, y aun por más de tres veces me han certificado que, antes que conmigo casase, había parido tres veces.

Y enseguida añade: “Hablando con reverencia de Vuestra Merced porque está ella delante”. Esta fórmula de cortesía supone el miedo a que esa persona, “Vuestra Merced”, haya podido sentirse ofendida por lo que acaba de decir, por la palabra “parir”; y es evidente que sólo se puede ofender con ella a una mujer porque lo que no nos afecta no nos ofende. Si a esta consecuencia lógica le añadimos el pronombre femenino “ella” (“porque está ella delante”) referido a “Vuestra Merced”, nos daremos cuenta de que ese misterioso personaje, del que sólo sabemos que conoce al arcipreste de San Salvador, es una mujer. Ese dato no tiene ninguna trascendencia para el relato porque no modifica el discurso de Lázaro, pero sí tiene importancia para el lector porque le permite imaginar una situación a la que le hubiera resultado mucho más difícil llegar: puede así ver fácilmente cuál era el lazo que unía a esos dos personajes, a Vuestra Merced – una dama– y al arcipreste de San Salvador, “servidor y amigo” suyo. Sólo puede ser la confesión: la dama se confiesa con el arcipreste.

En cuanto hemos dado con esta clave de lectura, lo demás es mucho más fácil de deducir. ¿Por qué le puede interesar a la dama saber si su confesor es o no un clérigo amancebado? Es evidente que su preocupación se centra en el secreto de confesión, porque es muy fácil imaginar la posibilidad de que el clérigo le cuente a su amiga lo que le confiesan sus penitentes. Si su conducta ya no es la adecuada a un clérigo, el peligro está ahí; no olvidemos además que, puesto que tiene viñedos, le debe gustar el vino, y en el vino está la verdad,

adagio que Erasmo comentó. Los malos confesores fueron precisamente uno de los objetivos de la crítica erasmista.

Pero nos queda aún dar un paso más para descubrir la finísima ironía de la construcción del *Lazarillo*: si sucediera esto y el clérigo le revelara algo de lo oído en confesión a su amiga, ¿a quién se lo contaría ella inmediatamente? No hay duda de que lo haría a la persona que tiene más cerca, es decir, a su marido, que es Lázaro de Tormes, cuyo oficio es el de...pregonero. En ese momento todo cobra sentido, y vemos que ya no nos quedan casi preguntas: sabemos quién es Vuestra Merced, por qué pide que se escriba una información sobre el caso y nos damos cuenta de que nadie mejor que el vecino del arcipreste, marido además de su criada, puede declarar para dar los datos que necesitan.

Esta es la construcción del *Lazarillo*: la petición de información de una dama sobre la conducta de su confesor, el arcipreste de San Salvador, porque le han llegado rumores de que en Toledo, donde vive, tiene una manceba. Esta es la lucecita roja que se ve en las páginas de *La vida de Lazarillo de Tormes*; las otras dos siguen siendo blancas, las que ya conocen, porque, en efecto, Lázaro de Tormes narra su vida, o más que eso, habla de la serie de amos a los que sirvió y cuenta cómo le trataron.

Si ha quedado oculta esa construcción –que, al aflorar, se ve nítidamente–, es porque alguien debió de quitar el argumento o guía de lectura de la obra, que figuraría entre el prólogo y su comienzo. Precisamente por esta mutilación del texto, que tal vez se hizo para que no fuera tan explícito lo que se decía en él, nos ha llegado el prólogo del escritor fundido con el comienzo del relato de Lázaro; y así el párrafo en donde el personaje empieza a hablar a la dama “Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico...” figura en todas las ediciones como parte final del prólogo,

ocultando su auténtico final: “y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades”, que es además el título de la obra.

2. LÁZARO DE TORMES

Lázaro, que se llama como el pobre bíblico (Lucas 16, 19-31), se apellida con nombre de río. ¿Y por qué se llama “Lázaro de Tormes”? Pensarán que ese dato nos lo da él con claridad: “Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre”; pero ¿ustedes recuerdan a alguien a cuyo nombre asociemos el del río que pasa por su pueblo o ciudad? ¿Alguien conoce o le suena el nombre de Pilar de Ebro o Juan de Guadalquivir? No, porque no se utilizan los nombres de río para situar en el espacio a una persona, pues su curso discurre por muchas tierras; con ellos sí se nombran ciudades: Miranda de Ebro, Aranda de Duero o Alcalá de Henares; en cambio, los nombres de ciudades, pueblos o países sí localizan a las personas o a los personajes literarios: Belianís de Grecia, Oliveros de Castilla, don Quijote de la Mancha. ¿No podría ser tal vez que el nacimiento de Lázaro fuera una consecuencia de su nombre, que Alfonso de Valdés quisiera llamarle así e ideó la forma de justificarlo? ¿Qué alusión podría esconder ese “de Tormes”?

No tienen más que pensar en la ciudad que se asocia con este río (excluyendo la principal bañada por él, Salamanca) y lo lleva en su propio nombre: Alba de Tormes. Inmediatamente asociamos con la ciudad a una casa ducal importantísima: los duques de Alba...de Tormes. En la ciudad nació Pedro Álvarez de Toledo y Zúñiga, que sería gobernador de Nápoles en 1532; su hermano García murió precisamente en la batalla de Gelves, en la que también murió el padre de Lázaro con su señor, al que servía como acemilero (en última instancia, por tanto, Tomé sirvió también a aquel). Los dos eran hijos de

Fadrique Alvarez de Toledo y de Isabel de Zúñiga, hija del duque de Béjar; las dos ramas de la gran nobleza salmantina que así emparentaron. No hay más que leer la égloga segunda de Garcilaso de la Vega para comprobar cómo la historia del ducado está íntimamente unida al río Tormes; el río personificado habla a Severo y le lleva al escondrijo de su fuente; allí éste ve, en la urna de donde nace el río, la historia de los Alba y la narra.

Nos falta aún una pieza para ver el dibujo que se va formando: el bufón del Emperador, autor de una *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, Francesillo de Zúñiga. En esa crónica, nunca se llamó a sí mismo Francesillo, sino don Francés (no podía llamarse de otra forma el bufón de Carlos V, dado que su enemigo principal era el rey francés). Y tomó el Zúñiga del apellido de su señor, el duque de Béjar.

Lázaro tampoco se llama él mismo Lazarillo, porque ese diminutivo con valor negativo se lo da el ciego al sospechar que le ha cambiado la longaniza por el nabo, y figura en el título de la obra. Lázaro no es sólo el pobre bíblico y el llagado (como si sufriera del “mal francés”, jugando de nuevo con el vocablo), sino también el agudo bufón que dice verdades, como Francesillo. Sólo que con su sobrenombre no se pone a la sombra del duque de Béjar, sino del de Alba. ¿Y qué importancia tiene tal asociación? Sencillamente darnos un dato más para situar esa obra en su tiempo y en su lugar: antes de 1532, año en que asesinan a Francesillo de Zúñiga, es el año en que va a morir también Alfonso de Valdés en Viena; e incluso se podría precisar que después de 1529, momento en que el bufón pierde el favor real (escribe su *Crónica* desde 1525 a 1529). Al darnos cuenta de que “Lazarillo” es una réplica a “Francesillo”, vemos que se destaca aún más el carácter satírico de la obra, que sólo tiene sentido esta oposición si se la sitúa en el contexto de los años veinte. Y si nos fijamos en la sucesión de los amos de Lázaro, que son el auténtico objetivo de la sátira, nos daremos cuenta

de que sirve a un ciego cruel que vive de las oraciones en las que no cree, a un avaricioso clérigo que ignora qué es la caridad, a un fraile de la Merced que abusa de él, a un buldero que finge un falso milagro, a un capellán que le explota como aguador y, por último, al arcipreste de San Salvador, que le ha escogido para tapadera de su mal vivir y lo ha casado con su manceba. La crítica contra los clérigos y frailes es muy clara y, por tanto, no hay duda alguna del erasmismo de su creador.

Tal vez esté viendo que todas las luces son rojas y no blancas, pero no tengo más remedio que decirlo porque es el fruto de un proceso deductivo partiendo de datos que están en el texto. Y además así *La vida de Lazarillo de Tormes* cobra sentido y se van apagando las preguntas que nos hacíamos ante un texto lleno de brumas.

Alfonso de Valdés tuvo un gran enemigo: el dominico Francisco García de Loaysa, que en 1530 le dice a Francisco de los Cobos que el secretario de cartas latinas del Emperador no sabe bien latín. Ese personaje, que llegó a ser inquisidor general en 1545 (muere en 1546), pasó a ser confesor del Emperador en 1523; pero dejó de serlo dos años más tarde porque Juan Dantisco, embajador del rey Segismundo de Polonia en la corte del Emperador, descubrió su debilidad por las mujeres, y el confesor, al verse descubierto, le acusó de luterano. Dantisco pudo contárselo a Carlos V, quien le pidió que le hiciese un informe en francés; así se salvó de la falsa acusación. Juan Dantisco fue gran amigo de Alfonso de Valdés, a quien escribe una carta en 1529 contándole cómo el obispo de Osma o el Confesor –así le llama Francesillo– tuvo como manceba a María de la Torre, con fama de santa, aunque acabó descubriéndose que había tenido dos hijos del dominico.

Un relato del *Novellino* de Masuccio Salernitano (impreso en 1476, un año después de su muerte), el IV, inspiró a Alfonso de Valdés el episodio del

buldero, como ya vio en el siglo XIX Morel-Fatio; bastaba leer cinco relatos más del *Novellino* y llegar al IX para darse cuenta de que su motivo central es el de la construcción del *Lazarillo*: un guapo arcipreste es amante de Lisetta, la bella mujer de un labrador simple, al que llaman el Veneciano porque no es del valle de Benaventana, donde viven. Con una ingeniosa farsa lograrán que el marido celoso se marche cuarenta días, y ellos puedan gozar de su amor; en ese tiempo, el arcipreste le cuenta a Lisetta los secretos que le dicen en confesión los hombres y mujeres del pueblo, y ella, como le pesa saber tantas cosas, los va a su vez divulgando.

Si unimos este relato literario al real, el caso del guapo arcipreste de Benaventana al del Confesor del Emperador, nos damos cuenta de que la construcción del *Lazarillo* está asentada en una fuente literaria y en datos de una historia real. Y ambas trazan más pinceladas en el retrato del escritor de la obra, y se ve perfectamente la figura de Alfonso de Valdés. El uso de expresiones semejantes, la presencia de los mismos temas en sus dos *Diálogos* y en su *Lazarillo* nos lo perfilan todavía más; pero como el marco temporal ahora no me deja añadir más detalles al retrato, les invito, por último, a recordar conmigo una escena del comienzo de la novela, porque no es posible que se escribiera tal como nos ha llegado a nosotros.

3. UNA ESCENA

Ya saben que Lázaro va a tener un hermano, “un negrito muy bonito” y cuenta: “el cual yo brincaba y ayudaba a calentar”. Todos hemos imaginado la escena: Lázaro hace dar brincos, saltos, al niño para que entre en calor. Y curiosamente la hemos aceptado sin más a pesar de que, si reflexionamos un

poco, nos damos cuenta de que es un procedimiento inusual y poco recomendable para que el niño se caliente.

Ya el censor que en 1573 expurgó el *Lazarillo*, Juan López de Velasco, que era un buen lector, cambió ese “ayudaba a calentar” por “ayudaba a acallar”, que es mucho más lógico. Y sin embargo, no hizo desaparecer lo más raro de la escena: el verbo “brincar”; primero, porque no es transitivo, sólo brinca uno mismo, no se brinca a nadie; y en segundo lugar, porque sigue siendo desaconsejable hacer callar a un bebé haciéndole dar saltos. No es “brincar” lo que escribió Alfonso de Valdés, sino “brizar” o lo que es lo mismo, “brezar”, “mecer”.

Sólo pude darme cuenta del error al leer una escena parecida en una obra publicada en 1542, la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*, de un teólogo salmantino, Sancho de Muñón, en donde un criado le decía a su amo Lisandro, enamorado de Roselia, que podía entrar en su casa porque había servido de paje a su padre y le contaba: “Entro allá y salgo y hablo con Roselia, trayéndole a la memoria que, cuando era niña, yo la brizaba, y con el trebejo la acallaba”. Así pude asociar con esta escena la absurda del *Lazarillo* y darme cuenta de la errata del texto: *brizar* con ce cedilla se leyó como *brincar*, porque el cajista debió de leer la palabra que él sabía y creyó que se le había olvidado la tilde sobre la i, con la que se representaba la ene.

Ahora sí podemos ver la escena tal como la escribió Alfonso de Valdés: Lázaro acuna al niño para que se calle, para que deje de llorar. Y se llena de ternura al desaparecer esa violencia absurda que dos malas lecturas del texto pusieron en ella.

En seguida, viene el momento en que Lázaro cuenta el miedo que tiene el niño al ver a su padre negro sin darse cuenta de que él también lo es, escena que se corona con una reflexión ejemplar. Alfonso de Valdés había tomado la

idea de Francisco López de Villalobos, el médico judío del Emperador (“Este es el juego de los negros que van en carnes, que cada uno se cae de risa de la fealdad del otro”); pero el miedo que siente el niño por el padre y que le llevaba a refugiarse en su madre tiene otro origen: en una escena muy emotiva de la *Ilíada*, la de la conversación de Héctor con Andrómaca en la muralla junto a su hijo Astianacte, que la nodriza lleva en brazos, en el canto VI. Cuando su padre quiere cogerlo en brazos, el niño se asusta al ver su casco con penacho y se refugia llorando en los brazos de la doncella. Héctor se quitará el casco, lo dejará en el suelo y mecerá luego a su hijo.

La mezcla de elementos que configuran la escena del *Lazarillo* dibujan claramente el perfil de humanista de su autor: el miedo de Astianacte crea la invención para insertar la reflexión moral; es evidente que ha leído el texto del médico judío del Emperador y el pasaje de la *Ilíada*, y los funde magistralmente.

4. FINAL

Al escribir Alfonso de Valdés *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* sabía muy bien los peligros que iba a pasar su obra, aunque nunca pudo suponer la suerte que correría: convertirse en la segunda obra más importante de la literatura española, pero con un cambio radical en el argumento. No creo que imaginase el éxito que iba a tener su “nonada”, como le llama en el prólogo, pero tampoco que su nombre iba a borrarse prácticamente de la historia de la literatura y que asociarlo a Lázaro de Tormes iba a ser considerado poco menos que un disparate. Él puso cifrado su nombre en el título: si se juntan las tres primeras letras, leídas en sentido inverso, con las tres últimas, nos dan su apellido: LAV (de *La vida*) / DES (de *adversidades*):

Valdés. Detrás de su criatura, de ese agudísimo mozo de muchos amos que es Lazarillo, se ve con nitidez su retrato, porque el pensamiento que hay en su obra es el suyo, lo hizo a su imagen y semejanza.

No he podido más que esbozar la construcción de la obra –el tiempo tiene un límite en su elasticidad–, situarla en su contexto temporal gracias al nombre de su personaje y, por último, devolver la ternura a una escena. A veces olvidamos que desde 1530 a hoy han pasado muchos siglos y muchas cosas, y que ha sido milagroso que llegara a nuestras manos un texto que decía tanto en un momento en que estaba prohibido hacerlo. Lo que ha sucedido es que nos ha llegado en cuatro distintas ediciones de 1554, que no son las primeras y que tienen problemas textuales: carecen del argumento, que era una guía de lectura, y tienen algunas erratas que han llevado a “ver” una escena erróneamente.

Alfonso de Valdés les dejó para ustedes, los conquenses, algunos recuerdos en su espléndida obra: una horca de cebollas, porque la llama así y no “ristra”, como lo hace Francesillo, el bufón del Emperador, que dicen que era de Béjar. O llamó al arcipreste de “San Salvador” porque él conocía muy bien esa iglesia de su ciudad, de ella fue capellán su tío, el inteligente Fernando de la Barrera, al que la inquisición condenó sin pruebas a la hoguera por criptojudío en 1491, un año antes de la expulsión.

Alfonso de Valdés creyó que Maqueda estaba más lejos de Escalona que Torrijos, porque él no era toledano, sino conquense. Sabía muy bien donde estaban Verdelpino y Nohales, porque allí tenía unas heredades que en su testamento dejó a su hermano Andrés, que fue regidor, como su padre, de esta ciudad.

Pero la mejor herencia que nos dejó a todos fue esa maravilla que es *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, prodigio de

dominio de una lengua natural y expresiva, de creación de un personaje inolvidable y de una agudísima sátira.

ROSA NAVARRO DURÁN